



ENSAYO

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA ~ AÑO 16. N° 55 OCTUBRE-DICIEMBRE, 2011) PP. 109 - 122
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL
ISSN 1315-5216 ~ CESA - FACES - UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

Modernidad Latinoamericana pese a Europa. El Universalismo Mexicano en el Contexto Internacional

Latin American Modernity Despite Europe.
Mexican Universalism in the International Context

Stefan GANDLER

Universidad Autónoma de Querétaro, México.

RESUMEN

El imaginario hoy dominante declara Europa como cuna de la modernidad, los países del *tercer mundo* como simples receptores de la tradición ilustrada. Registramos, en cambio, que la mayor parte de Europa no ha aplicado los ideales de la Revolución Francesa, sino mantiene elementos feudales y premodernos. México, a partir del liberalismo, la reforma y Juárez, es uno de los pocos países en el cual los ideales de la *Grande Révolution* han sido retomados en la Constitución claramente moderna. La división Estado/iglesia, la anulación de los privilegios feudales, las correspondientes expropiaciones se han realizado en México con más mucho seriedad que en Europa.

Palabras clave: Benito Juárez, México, Modernidad, Antifeudalismo.

ABSTRACT

The dominant imaginary today declares Europe to be the cradle of modernity while third world countries are simply receivers of the enlightenment tradition. This article argues, on the other hand, that most of Europe has not applied the ideals of the French Revolution, but rather maintains feudal and premodern elements. Mexico, based on liberalism, the reform and Juárez, is one of the few countries in which the ideals of the *Grande Révolution* have been taken up in the clearly modern Constitution. The State/church division, annulment of feudal privileges and the corresponding expropriations have been carried out in Mexico with far greater seriousness than in Europe.

Key words: Benito Juárez, México, modernity, anti-feudalism.

PALABRAS PRELIMINARES SOBRE EL CONTEXTO DE ESTAS REFLEXIONES

La modernidad se nos presenta como un enorme cúmulo de luchas y filosofías provenientes de Europa y, en cierta época, de los Estados Unidos. La forma elemental de este proceso parece ser la Revolución Francesa como primer motor del subcontinente europeo, percibido generalmente como *la cuna de la modernidad*. Esta percepción ideológica carece de fundamento real, de lo que se trata es de fundamentar nuestra concepción de la modernidad universal sobre los pies de la historicidad material: El único europeo que se puede comparar con Benito Juárez es Maximilien Robespierre.

1. EL LIBERALISMO POLÍTICO Y EL CONTINENTE AMERICANO

El liberalismo político es, a pesar de la gran relevancia de la revolución francesa para este movimiento político, un proyecto ante todo *americano*. En la época de Juárez, Europa era mayoritariamente un subcontinente feudal. La influencia de la revolución francesa en la mayor parte de los países era casi nula, a contracorriente de lo que por lo general estamos acostumbrados a pensar. Como ejemplo podríamos tomar los territorios que hoy en día conforman Alemania. Una parte importante de ellos fueron ocupados por las tropas de Napoleón Bonaparte, entre ellos la antes libre ciudad de Frankfurt. Después de ser ocupada por las tropas francesas, los representantes de la ciudad negociaron arduamente con los encargados de Napoleón, para evitar que el getto judío de Frankfurt se abriera y los judíos de la ciudad tuvieran los mismos derechos que los habitantes cristianos. Fue hasta 1812 que, después de una intervención política directa de Napoleón, la ciudad aplicó el *Code Napoleón* a todos los adultos masculinos, incluyendo los judíos. Al *liberarse* los territorios alemanes de la ocupación de las tropas francesas, lo primero que hicieron los representantes de la ciudad de Frankfurt en 1814, fue restablecer el getto, obligar a todos los judíos de Frankfurt, a vivir nuevamente ahí, al estilo de las leyes cristianas medievales y quitarles en general los derechos civiles que habían adquirido por la aplicación de las leyes democráticas de Francia, heredadas de la *Grande Révolution*. Uno de los ciudadanos más conocidos de Frankfurt, quien apoyaba esta decisión de cancelar la aplicación de aquella materialización *napoleónica* de los ideales de *liberté, égalité, fraternité*, era Goethe.

La *liberación alemana* de las tropas francesas, aún en una de sus ciudades con más tradición liberal, implicaba invariablemente el restablecimiento de la mayor parte de las leyes anti liberales, anti modernas y con una gran carga feudal. Estas decisiones anti modernas y anti liberales en muchos casos no fueron impuestas desde autoridades específicamente feudales, sino por la mayoría cristiana de la clase burguesa alemana (si se le puede llamar así), que optaba por aliarse con los fuertes restos de la clase feudal y apoyaba una legalidad basada estructuralmente en el esquema social y político de la edad media.

Algo parecido pasó en la mayor parte de Europa y los países de este continente que tuvieron una historia claramente diferente, los que intentaron seriamente retomar los logros de la revolución francesa, y que se pueden contar con los dedos de una mano. La violenta reacción, todavía en los años 30 del siglo veinte, del clero y del ejército español, aliados con una parte muy grande de la clase alta, al declarase la república española, que desembocó en la *guerra civil*, es sólo uno de los ejemplos más visibles de la tradición profundamente anti moderna que existe en una muy gran parte de los países europeos. El hecho de que España, al igual que un número significativo de los países de aquel continente sean hoy en día monarquías (aún con el atributo "constitucionales") y no repúblicas, es más que un *resto superficial* de otra época, es una clara expresión del hecho descrito.

Sólo hay que recordar la total ausencia de una risa generalizada en el momento en el que el actual príncipe de España declaró, hace algunos meses, que el nacimiento de su hija significaba ante todo un hecho *constitucional*, eso expresa la poca vocación *republicana* (en el sentido estricto del término) que tiene la mayoría de los europeos hasta el día de hoy.

No es casual, tampoco, que países como Hungría, al liberarse del control soviético poco antes de la desaparición de la URSS, no encuentran otros símbolos para su estado nuevamente fundado, que los que se usaban en la época de la monarquía austro húngara.

Mientras tanto, en el continente americano, no hay ni un solo país al que se le haya ocurrido en el siglo XX, regresar a una constitución monárquica. Los ideales de la Revolución Francesa (los cuales no concebimos como la última palabra de la historia, pero sí como una indispensable aportación para superar los tipos de represión y exclusión típicos del feudalismo europeo) tuvieron mucho más presencia en este continente que en el europeo, lo cual tiene que ver con la estrecha relación que hay entre el liberalismo político y el anticolonialismo, así como con el antirracismo.

2. EL LIBERALISMO POLÍTICO Y EL ANTICOLONIALISMO

Ya Robespierre sabía que la *liberación* dentro de Francia era inseparable de la liberación de los esclavos en las colonias francesas. Pedía en sus famosos discursos en la *assemblée nationale*, la liberación de los habitantes de las colonias francesas no como un obsequio, otorgado *desde adentro* con mucha compasión *hacia afuera*, a las tierras de los salvajes (tipo fantasías retorcidas del incansable cineasta y fundamentalista cristiano M. Gibson), sino, sabía perfectamente que el ser humano no puede ser verdaderamente libre mientras impida la libertad de otro ser humano. O, como lo dijo casi doscientos años más tarde el gran escritor antifascista alemán, Bertolt Brecht: "Y porque el ser humano es un ser humano, no le gustan las botas en la cara. No quiere ver ningún esclavo abajo de él, y ningún amo arriba de él."¹

El concepto de *igualdad* que se ve en la Revolución Francesa como la gran fórmula para garantizar el éxito del proyecto liberado y solidario ("fraternal"), implica un gran problema, el cual ha sido extrapolado con gran maestría por dos de los autores de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, Horkheimer y Adorno en su *Dialéctica de la Ilustración*. Este concepto, por un lado, es indispensable y de central importancia para poder superar las *viejas* formas de explotación y opresión, pero al mismo tiempo es ya la base de nuevas formas represivas y explotadoras. Al construir algo, que no coincide con la realidad física, psicológica y civilizatoria de los seres humanos, que es altamente compleja, el concepto de *igualdad* sólo se puede aplicar, al negar implícitamente esta infinidad *real* de diferencias. En última instancia, esta negación *implícita* de las diferencias *reales* de los seres humanos, que está presente en el concepto de *igualdad*, da la razón a las formas de *ser* dominantes entre los seres humanos de cierta época y cierta región (la cual hoy en día abarca prácticamente todo el globo terráqueo).

Ahí está la razón de por qué el liberalismo político se puede desarrollar con más fuerza en el contexto de una lucha anticolonial (y en el mejor de los casos, antirracista), mientras la esbozada contradicción dialéctica (interna) del concepto liberador de *igualdad*, coincide en el continente *colonizador* con cierta necesidad de una falsa "universalización" del propio modelo civilizatorio como el

1 Original: "Und weil der Mensch ein Mensch ist, drum hat er Stiefel im Gesicht nicht gern. Er will unter sich keinen Sklaven sehn und über sich keinen Herrn." (BRECHT, B (1984). "Das Einheitsfrontlied", in: HENNENBERG, F (Ed.). *Brecht Liederbuch*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Taschenbuch, p. 226 ss.

único humano aceptable (o por lo menos el “más desarrollado – o como se dice muy hábilmente hoy en día: el “menos emergente”–). La cosa es bastante diferente en las colonias o excolonias: la misma estructura colonial (o sus restos que se niegan a desaparecer) recuerda permanentemente a los habitantes de estas regiones del planeta, que la idea de *igualdad*, más que la descripción de una realidad alcanzada o alcanzable, es únicamente el grito de dolor y de rebelión de los excluidos y olvidados de siempre. Es la voz de los sin voz que se levanta y que sólo se puede hacer escuchar, por lo menos en un primer momento, al reclamar la pertenencia a aquello de lo cual han sido excluidos, a lo que necesitan primero integrarse inevitablemente como *iguales*. Sólo con este paso su voz puede ser escuchada, solo así su *invisibilidad* puede ser superada, porque lo completamente *distinto* no solamente no se percibe como tal, sino simplemente no se percibe como algo existente. Nuestra percepción es tan limitada (por una larga, demasiado larga historia de exclusión, opresión, menosprecio y soberbia de los individuos y grupos dominantes), que confundimos sistemáticamente lo diferente con lo inexistente, a tal grado que los colonizadores, al mismo tiempo que establecieron comunicación verbal e intercambio civilizatorio con los habitantes de los países colonizados, elaboraron largísimas discusiones sobre su pertenencia o no pertenencia a la “raza humana”.

En este contexto, el concepto de *igualdad* adquirió una fuerza libertadora que nunca se debe olvidar, ni siquiera en nombre de las aparentemente atractivas discusiones *posmodernas*. Sólo este concepto pudo romper esta perversión estructural que había adquirido la civilización europea como consecuencia de su larga historia de aniquilación (e incluso auto aniquilación) de formas civilizatorias *diferentes*. La declaración de la *no existencia* del otro, siempre le había servido como el pretexto perfecto para su posterior destrucción masiva, la que en una retro perspectiva sólo aparece como la *realización de una realidad ya dada* (lo absurdo de la frase sólo expresa la brutalidad histórica *terrenal* contenida en ella).

Entonces, lo único que hace posible el concepto de *igualdad*, es hacer *visible*, *escuchable*, de cierta manera *presente* al otro (o a la otra), lo que a primera vista es muy poco, pero en verdad es un paso histórico gigantesco, si consideramos las hogueras de la inquisición y las civilizaciones enteras que fueron aniquiladas o aplastadas a lo largo de la historia anterior. Todo ello sin lugar a duda, lo sabía –o por lo menos intuía– Robespierre, cuando exigió la liberación de los habitantes de las colonias francesas y la abolición de la esclavitud, pero su petición se perdía en las calles de Francia aún antes de que él fuera ejecutado sobre el mismo aparato que tan masivamente había instruido a usar: la guillotina. Sus palabras anticolonialistas y antirracistas (y las de los otros *radicales* de la Revolución Francesa) no pudieron ser escuchadas ni en Francia y muchos menos en el resto de Europa. Demasiado profundo estaba inmersa en la civilización y en la auto complacencia europea, la idea de la propia *superioridad* sobre todo lo *otro*, para que una idea tan bella hubiera podido llenar las esperanzas del *viejo continente*.

Tenía que ser *América*, la tierra en donde estas ideas llegaran realmente a florecer y a realizarse, aunque sea de manera momentánea y localmente bien definida. En estas tierras, donde aún los hijos y nietos de los anteriores colonizadores ya se habían convertido en los *otros*, según la perspectiva dominante en Europa, el concepto de igualdad adquirió una fuerza que en Europa no pudo *nunca* adquirir. (No queremos, en lo más mínimo, negar la *falsedad*, que aún aquí en América –o la América mexicana, como decía Morelos en su primera carta constitucional, puede adquirir de inmediato este concepto, al interpretarse como el *mandato* de *hispanizar* a los miembros de las civilizaciones de la *vieja América*, pero hay, sin embargo, una diferencia decisiva con la situación europea.)

En resumen: sólo en el contexto de una lucha anticolonial y antirracista, el concepto de igualdad, a pesar de sus limitaciones y su propio antagonismo dialéctico interno, puede adquirir una cierta verdad histórica y fuerza liberadora. Por ello, no nos parece exagerado afirmar que *el liberalismo político es por esencia un fenómeno americano*.

Sin embargo, queda la pregunta: ¿por qué justamente Benito Juárez?, ¿por qué México?, ¿por que no George Washington?, ¿por qué no los Estados Unidos?

A pesar de la innegable importancia que los Estados Unidos han jugado en varios momentos de la historia a favor de un proceso emancipatorio (razón por la cual Marx mandaba en 1864 una carta eufórica al presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, convencido de que “la guerra americana contra el esclavismo inaugurará la era de la dominación de la clase obrera”),² no se nos hace nada casual que era justamente Juárez y los suyos, que eran los liberales mexicanos *radicales*, los que llevaron el liberalismo *político* a su máxima expresión histórica a nivel mundial.

3. LIBERALISMO RADICAL VERSUS LIBERALISMO MODERADO

El liberalismo político, en los diferentes países donde se ha desarrollado de una u otra manera, ha tenido por lo general dos tendencias principales: los *radicales*, que querían llegar en su ruptura con las estructuras feudales, cuasi medievales hasta las *raíces* mismas de estas estructuras. Su intento era (o es, si existen todavía) destruir los fundamentos más profundos, y por ello más sólidos y probablemente menos visibles a la primera, del *ancien régime*. No se trataba de unas meras ganas de destruir o un simple afán de imponer el propio poder aplastante en vez del poder anterior, sino, el proyecto era, construir un mundo basado en las viejas esperanzas humanas de felicidad para todos, y de la superación del sufrimiento humano que es provocado por otro ser humano. Esta esperanza es probablemente igual de vieja que la humanidad misma, es, si consideramos los escritos más antiguos que conocemos, probablemente la raíz misma de la existencia del ser humano como distinto al mundo animal. Sólo esta esperanza justifica el largísimo camino civilizatorio que se ha tomado en diferentes partes del planeta y en distintos momentos históricos. De cierta manera –y a pesar de la contradicción dialéctica, que también en este asunto detectan con gran astucia Horkheimer y Adorno en su *Dialéctica de la Ilustración*³– esta vieja esperanza de emancipación y el proyecto civilizatorio, en sus múltiples facetas, son una y la misma cosa.

2 MARX, K (1975). “An Abraham Lincoln, Präsident der Vereinigten Staaten von Amerika”. Carta redactada entre el 22 y el 29 de noviembre de 1864, in: MARX, C & ENGELS, F (1975). *Werke*, tomo 16, Berlin, Dietz, 6ª ed., reimpresión idéntica de la 1ª ed. 1962, Berlin/República Democrata Alemana, pp. 18-20, aquí: p. 19.) La cita completa es: “Die Arbeiter Europas sind von der Überzeugung durchdrungen, daß, wie der amerikanische Unabhängigkeitskrieg eine neue Epoche der Machtentfaltung für die Mittelklasse einweihte, so der amerikanische Krieg gegen die Sklaverei eine neue Epoche der Machtentfaltung für die Arbeiterklasse einweihen wird. Sie betrachten es als ein Wahrzeichen der kommenden Epoche, daß Abraham Lincoln, dem stark sinnigen, eisernen Sohn der Arbeiterklasse, das Los zugefallen ist, sein Vaterland durch den beispiellosen Kampf für die Erlösung einer geknechteten Race und für die Umgestaltung der sozialen Welt hindurchzuführen.” (MARX, K: “An Abraham Lincoln ...”, *loc. cit.*)

3 Véase: “El desarrollo de la civilización se ha cumplido bajo el signo del verdugo; en ello están de acuerdo el Génesis, que narra la expulsión del paraíso, y las *Soirées de Saint-Petersbourg*. Bajo el signo del verdugo están el trabajo y el goce. Pretender negar esto es ir contra toda ciencia y toda lógica. No es posible deshacerse del terror y conservar la civilización. Atenuar el primero es ya el comienzo de la disolución. De esto se pueden extraer las consecuencias más diversas; desde el culto a la barbarie fascista hasta la fuga resignada hacia los círculos del infierno. Pero se puede extraer también otra: burlarse de la lógica cuando está contra la humanidad.” (Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Trad. Juan José Sánchez. Madrid, Trotta, 1994. 303 pp., apunte: “Quand même”, p. 259).

En este sentido el liberalismo de Juárez y de los suyos es *radical*, porque no reniega la raíz misma de su propia existencia como individuo y como esperanza heredada por la tradición.⁴ Sin exagerar se puede decir, que ser un humano civilizado es igual a ser un humano con la aspiración de emancipación para todos, lo cual a su vez coincide con ser *radical* en la búsqueda de la superación de la opresión del ser humano por el ser humano. En términos prácticos, esta radicalidad de Juárez se expresaba, entre otras decisiones, en su negación al usurpador Maximiliano para aceptar un puesto dentro del “gobierno” de este representante en México de aquella familia *noble* que por varios siglos había hecho tanto daño a nuestro país de procedencia – y todavía en la época de Juárez lo seguía haciendo.

En cambio, existía y existe dentro del movimiento del liberalismo político también una corriente que se auto concibe como “moderada”. Esta corriente es “moderada” sólo en su crítica a los abusos de la vieja clase en el poder y, por lo mismo, está siempre dispuesta a colaborar –en la medida de lo posible– con esta vieja clase opresora y explotadora. Sus miembros tienen también un aspecto de *radicalidad* y es la de su oportunismo ilimitado y su fijación desmedida en la ventaja personal o del propio grupo (por ejemplo una cierta clase media en ascenso). Esta corriente, en el fondo, no aporta nada relevante al proyecto emancipador que el liberalismo político tiene, por lo menos idealmente y por lo mismo no nos ocuparemos más de ella.⁵

4. EL LIBERALISMO RADICAL DE JUÁREZ Y LA TRADICIÓN “PLURICULTURAL” DE LARGO ALCANCE CIVILIZATORIO EN MÉXICO, ESPECIALMENTE OAXACA

La mencionada actitud *radical* de Juárez y los mejores de los liberales mexicanos tiene una razón histórica muy específica de haber podido existir en ellos y de haber recibido un apoyo tan amplio y decidido en grandes partes de la población de este bello país. No es casual que fue justamente en México y *no* en Europa ni tampoco en cualquier otro país, que la lucha liberal llegó a ser tan en serio. La actitud tan radicalmente anti feudal (dudando del derecho divino de la clase feudal europea a dominar el mundo) era, (es) posible en el contexto de una vieja tradición civilizatoria que se pudo desarrollar *sin* el cristianismo/catolicismo europeo, incluso desde tres mil años antes de éste. (Nada más para ubicarnos en los tiempos cronológicos, y retomando un ejemplo de la tierra de Juárez: cuando Monte Alban dejó de existir, después de más de tres mil años de desarrollo urbano, la primera ciudad en los territorios que hoy en día constituyen Alemania, todavía no se empezaba a construir, sino apenas unos doscientos años más tarde se fundaron Aachen y Treveris – las ciudades alemanas más viejas que tienen apenas mil años de existir).

4 Perversamente, la iglesia católica, en su afán incansable de dominio total, reinterpreta esta herencia de la añeja esperanza de emancipación como una deuda hereditaria impagable, o dicho en términos del Santo Oficio: como *pecado original*.

5 En este punto, y algunos otros, discrepamos de las opiniones difundidas por Antonia Pi-Suñer Llorens, quien trataba, en el contexto del bicentenario de Benito Juárez, de festejar ante todo a los liberales “moderados” y su actitud sumisa hacia el usurpador Maximiliano; y presentó a Juárez como la versión *de segunda* de este –según ella– verdadero liberalismo (que se reduce implícitamente de un liberalismo pleno y político a uno que conoce la libertad sólo como la *libertad* del *gran* comerciante, del *gran* dueño de medios de producción, mejor aún, del *gran* general). Véase, por ejemplo su respectiva participación en el marco del Coloquio *Juárez: Historia y Mito*, organizado por el Colegio de México el día 16 de junio del 2006.

Para una gran parte de los europeos, sobre todo en el norte y centro del continente, y no solamente pensamos ahora en los alemanes, la *civilización* entendida ahora como la forma urbanizada de la convivencia humana, llegó hacia ellos junto con el cristianismo. Los dos fenómenos: cristianización y civilización fueron construidos al mismo tiempo para la mayor parte de los europeos desde el Imperio Romano. Dudar, entonces, de la tradición católica, que a su vez es la heredera del imperio romano y su última religión oficial, es implícitamente dudar del “gran” fundamento civilizatorio europeo. La mayoría de las culturas locales europeas, en la época del liberalismo y de la revolución francesa, ya no tuvieron ninguna memoria de la posibilidad de *otra* forma civilizatoria que no fuera la cristiana / católica. Dudar del señor feudal, dudar de las reglas de juego del feudalismo, era entonces idéntico a dudar de *todo* lo que se había hecho antes. (Por supuesto, la expulsión de los llamados *moros*, la negación de la herencia egipcia y la exclusión masiva de los judíos de la vida pública dentro del feudalismo, habían ayudado a crear esta absurda idea.)

La relativamente corta fase de la vida civilizada urbanizada en el norte y centro de Europa, hizo a sus habitantes mucho más dependientes de la ideología feudal cristiana que los habitantes de México, y sobre todo de Oaxaca. Las culturas locales de esta región de México, ya tenía detrás una larga y cambiante historia de diferentes proyectos civilizatorios urbanos, de los cuales aún hasta el día de hoy, quedan restos arquitectónicos y presencias cotidianas, no solamente en el terreno lingüístico, francamente impresionantes.

Probablemente no es casual que justamente una persona que creció en la tradición zapoteca, haya sido el mayor de los liberales. Tenía que ser alguien crecido dentro de una cultura con bases civilizatorias mucho más amplias, diferenciadas y viejas que las de la mayor parte de las culturas europeas, quien se atreviera a cuestionar este supuesto derecho divino de la clase feudal europea, de oprimir y explotar, no solamente a los habitantes de las tierras de donde provenían, sino también de cualquier otra tierra a donde los medios de transporte de su época los hicieron llegar.

5. LA POBLACIÓN MEXICANA Y EL PROYECTO LIBERAL

En grandes partes de la población mexicana existe, hasta el día de hoy, un espíritu liberal republicano en el mejor sentido. Esto se expresa en diferentes actitudes, pero entre ellas se puede mencionar que por lo general no creen en lo supuesto *divino* de los gobernantes, que muchos, aún en tiempos modernos, tratan aparentar de ser. (Lo divino, entendido como lo incuestionable, lo que está encima de cualquier crítica y análisis racional etcétera).

Hasta del día de hoy esto es radicalmente diferente en muchos países de Europa, por ejemplo en Alemania donde hay una fe desmesurada de la gran mayoría de la población, por los gobernantes y sus decisiones, una fe que incluso se amplía también a sus colaboradores en todos los niveles, hasta el policía de la esquina.

En general, se puede distinguir de la siguiente manera un espíritu republicano liberal de un espíritu feudalista: el lema del primero podría resumirse como: “todo está permitido para la población, a menos que algo esté expresamente prohibido; y a la inversa para las autoridades: sólo pueden actuar, si una ley les da expresamente permiso de hacerlo.” El lema del espíritu feudalista, en cambio, podría resumirse como: “todo está prohibido para la población, menos lo expresamente permitido; y a la inversa para las autoridades: pueden hacer todo lo que quieran, a menos que alguna disposición legal se los impida expresamente.” En la consciencia cotidiana de la población mexicana prevalece el primer espíritu (también conocido, vulgarmente, como *valemadrismo*), mientras que en la mayoría de los países europeos (Alemania, otra vez sirve como un *buen ejemplo*) prevalece hasta hoy el espíritu que hemos descrito como *feudalista*.

En este sentido es entendible, por qué los liberales mexicanos tuvieron el gran apoyo popular que han tenido, mientras en Europa, aún hoy en día, hay pocas cosas que conmuevan tanto la población como la pregunta si la princesa X ha o no ha tenido sexo con el maestro de equitación Y, etcétera, etcétera.

El puro hecho de que la población alemana use hasta el día de hoy con tanta devoción, los títulos nobiliarios de los familiares de las familias que hace siglos explotaron y oprimieron a sus antepasados, es algo que en México es simplemente inimaginable. Con la Reforma, y reconfortado por la revolución, todas aquellas formas completamente caducas del *ancién régime* han desaparecido de las leyes y de la conducta cotidiana de la población, mientras que en Alemania y la mayor parte de Europa, todo esto se sigue practicando, más o menos abiertamente.

Hay aquí una relación doble: por un lado el espíritu *republicano liberal* de una gran parte de la población mexicana ha hecho posible que el liberalismo político mexicano haya podido imponerse con Juárez y en contra del usurpador Maximiliano y a la vez, la presencia política de este movimiento, así como las reformas legales e institucionales que ha realizado han, a su vez, profundizado este espíritu cotidiano, típicamente *moderno* (en el mejor sentido de la palabra) en una gran parte de la población de este país *americano*.

La mencionada diferencia, que obviamente no coincide ni con la auto concepción europea de ser el “continente más moderno”, ni con la idea que se tiene allá (y muchas veces también aquí) de México como un país “en vías de desarrollo” (lo que también quiere decir, “no completamente moderno” o “todavía parcialmente feudal”), puede constatarse en miles de ejemplos. De ellos aquí sólo queremos mencionar dos más: mientras en México morir es un asunto *moderno* y uno puede, independientemente de su religión o más allá de si uno se ha suicidado o no etcétera., estar seguro, que algún *panteón civil* cercano lo va a recibir después de haber dejado de cumplir las funciones vitales; en Alemania, en cambio, hasta el día de hoy, el que haya declarado *no* ser cristiano, en muchas ocasiones no puede ser enterrado en el lugar donde ha vivido toda la vida, ya que la mayor parte de los cementerios siguen en manos de alguna de las dos iglesias cristianas (católica y protestante) y ellas permiten, por regla general, el *acceso* a este último hogar sólo a los feligreses declarados y con *impuestos de iglesia* puntualmente pagados. No ha habido en Alemania *nunca* un Juárez que haya hecho un decreto sobre los panteones civiles y, en cambio, en México no ha habido el nacionalsocialismo que, en el caso de Alemania y Austria ha restituido la mayor parte de los pocos privilegios que los burgueses alemanes se habían *atrevido* a quitarle a las iglesias cristianas en la segunda mitad del siglo XIX y los dos primeros decenios del siglo XX. En 1933, el vaticano pactó con el gobierno de Hitler el *Reichskonkordat*, un contrato entre los dos *gobiernos* (el alemán-nazi y el del estado-iglesia con pretensiones mundiales), en el cual, entre muchos otros privilegios que se restablecen a la iglesia católica, se le da el derecho a cobrar un *impuesto de iglesia* (*Kirchensteuer*) a todos los feligreses correspondientes. Para hacer el asunto perfecto, este impuesto –hasta el día de hoy– lo cobra el estado a todos los trabajadores creyentes y el monto total se transfiere mes por mes a las cajas de los diferentes obispados alemanes. Un acuerdo parecido se estableció entre el gobierno nazi y las iglesias protestantes y se aplica, igualmente, hasta el día de hoy. Esta forma *actualizada* del diezmo no está criticada por prácticamente ninguna fuerza política relevante de Alemania, ni siquiera de la izquierda más radical, lo que expresa con gran claridad la *normalidad* que estos elementos *feudales* siguen manteniendo en la realidad y consciencia cotidiana en la gran mayoría de los habitantes de aquel país.

Con Juárez y los liberales mexicanos *radicales* se hizo impensable en México, hasta el día de hoy, una recaída tal a las prácticas más retrógradas del feudalismo y de la edad media, como en algunos países europeos ha sucedido y sigue sucediendo. La radicalidad y honestidad con la cual la *separación de iglesia y Estado* se ha realizado en México, en Europa tal vez ha sido alcanzada sólo en Francia. También en este sentido, el liberalismo político mexicano ha dado lecciones inolvidables al mundo entero.

6. LA PERSEVERANCIA DE JUÁREZ Y DE LOS LIBERALES NO “MODERADOS”

Además de la seriedad y radicalidad con la cual Juárez y los liberales políticos mexicanos han realizado una gran parte de los mejores ideales de la modernidad y roto con los elementos centrales del feudalismo, lo que resalta también en su actitud, es la firmeza y la perseverancia. Aún en los peores tiempos, en términos de falta de recursos económicos y militares, Juárez y su gobierno seguían trabajando, aún huyendo de las tropas usurpadoras.⁶ Mientras que en la mayor parte de los países europeos los liberales, ante una oposición a su proyecto que presentaba más fuerza económica y militar que ellos mismo, por regla general optaron por la rendición o por lo menos la “alianza” con los representantes del proyecto feudal, en México a pesar de todo y convencidos del propio proyecto político social y su verdad histórica, los liberales alrededor de Juárez no se rindieron ni en los momentos de más desesperanza. Convencidos que el proyecto político liberal no era para beneficio personal o del propio grupo, sino lo que merece el propio país, su población, y de cierta manera, el mundo, antepusieron el proyecto emancipador liberador y liberal a los temores con los cuales las viejas clases en el poder siempre quieren eternizar su reino, aún cuando históricamente está por completo caducado. Esta actitud estrictamente moderna –de anteponer la *razón humana* al miedo, a los intereses mezquinos y de grupúsculos y a las ofertas de *colaboración* de las viejas clases poderosas–, que tenía Don Benito Juárez y su grupo, fue alcanzada muy rara vez en Europa, tal vez sólo en cierto momento histórico en Francia.

El autor de estas líneas tiene una extensa experiencia en la capacidad casi ilimitada de la aplastante mayoría de población europea de resistirse a reconocer que algo relevante se puede aprender del llamado *Tercer Mundo*. A pesar de esta capacidad de resistencia al aprendizaje, quereamos subrayar que la historia europea posterior a Juárez, podría haber sido muchos menos sangrienta y destructiva, si sus habitantes y políticos se hubieran tomado la molestia de aprender, aunque sea una mínima parte, de la firmeza política y valentía personal de este hombre y este movimiento que, a pesar de tener eventos con ciertas paralelas en otros países del mundo, tal como se desarrolló, es único en el planeta. Como un terrible ejemplo puede servir nada más la experiencia del fascismo y nazismo a la mitad del siglo veinte, en la cual se demostró la mínima capacidad de resistencia antifascista en la mayor parte de los países de llamado viejo continente, salvo las honorables excepciones de algunos cuantos. Organizaciones con millones de miembros, en más de una ocasión, dejaron de actuar de un día para otro ante la amenaza del fascismo en el poder.

6 Véase al respecto: “La tenacidad y el alto espíritu de sacrificio de Degollado, el pensamiento incorruptible de Ocampo, la inteligente superioridad de Lerdo, el brio torrencial de Prieto, el valor y el heroísmo de Zaragoza, de valle, de González Ortega, pero sobre todo la implacable perseverancia de Juárez que hizo suyas las palabras de Foción tan caras a Ocampo: ‘No es lícito al ciudadano desesperar de la salvación de la patria’. [...] Las medidas que tendían a aplicar, la transformación que con ellas preveían y la necesidad de mantenerse inflexibles impuso a los hombres de la Reforma grandes sacrificios y el dilema de vencer o morir.” (Ernesto de la Torre Villar, *El triunfo de la República liberal. 1857-1860*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960; 2ª ed. 2006. 312 pp., p. XXVII).

Si Juárez hubiera tenido sólo la décima parte de la cobardía típica de la mayor parte de los europeos, entonces, México habría dejado ser colonia francesa aún después de Argelia, y probablemente después de una lucha aún más sangrienta.

7. JUÁREZ Y LOS OPRIMIDOS

Si acaso todavía no ha quedado claro, que el liberalismo político de Juárez poco tiene en común con lo que en calidad de eufemismo hoy en día se hace llamar *neoliberalismo*, entonces, habrá que mencionar un punto más: Juárez y los oprimidos. Como es la costumbre en muchos países, también en México una parte importante de los políticos destacados son de profesión abogados. Sin embargo hay una diferencia entre el abogado Juárez y la gran mayoría de los abogados que hoy en día entran a puestos públicos. A diferencia del *main stream* de los abogados, el Benemérito de las Américas, antes de ser presidente constitucional de México, representaba en muchos casos a oprimidos, explotados y desheredados, víctimas del clero y de la clase feudal. En un sinnúmero de juicios, Juárez representó indígenas y otros campesinos de Oaxaca que fueron ilegalmente expropiados por los terratenientes de la región o que sufrieron algún otro atropello por parte de miembros de las clases reinantes.

Sólo tomando en cuenta este *detalle* de su biografía, se entiende verdaderamente el *liberalismo de Juárez*. El fundador del México moderno no limita, al estilo de la actual moda política y económica, la *libertad* a una de las mercancías para circular libremente y, con ello, no la limita a una de los propietarios de los medios para producir dichas mercancías. Para Juárez, en la mejor tradición del liberalismo político *radical*, la libertad era un valor social universal. No había para él distinción de clases ante la ley, algo obvio en la ley escrita moderna, pero nada obvio en la forma como se aplica por regla general esta ley, y menos aún, en la forma como la mayoría de los abogados deciden, cuándo tienen que elegir entre dos posibles clientes: uno poderoso y rico, el otro oprimido y empobrecido.

A diferencia de lo que —no sólo entre los abogados— es la actitud predominante entre los profesionistas de hoy, Juárez no vendió su capacidad profesional al mejor postor, sino seguía sus convicciones políticas aún cuando ello implicaba una disminución de la posible remuneración por los servicios prestados. Anteponía, en mucho más que un caso, la solidaridad con los oprimidos y explotados a sus intereses personales o de familia, y adquirió así, aún antes de entrar en los puestos públicos, una actitud que hasta el día de hoy lo distingue no solamente de la mayoría de los representantes de su profesión, sino también de la mayoría de los presidentes de un país amenazado por usurpadores de *adentro* y de *afuera* de los límites geográficos de su país.

Otro ejemplo para la actitud solidaria con los oprimidos, que a la vez incluye en este caso un aspecto antirracista, es la repartición de tierras a indígenas mayas en Yucatán, ordenada en 1861 por el *presidente* Juárez como una de las medidas tomadas para contrarrestar la venta de esclavos mayas desde Yucatán a las fincas azucareras de Cuba. En una orden que Juárez mandó por medio del ministro Ramírez al gobernador de Yucatán decía:

Dicte [...] las disposiciones que crea oportunas para la distribución de las tierras ... ofreciendo gratis a los indígenas que quieran reunirse en poblaciones una legua cuadrada para cada cien vecinos. que distribuirá entre todos ellos, con obligaciones de cultivar su respectivo lote y de habitar la población que se forme. Que para evitar la reunión en pocas

manos de la propiedad territorial, dispone el Excmo. Señor Presidente que desde esta fecha no se admite ninguna solicitud de terrenos baldíos para personas que tengan propiedad rústica en el Estado⁷.

Con esta orden, Juárez pone el liberalismo político radical claramente encima del liberalismo económico,⁸ al reintroducir el modelo de la propiedad colectiva de las tierras agrícolas en Yucatán y limitar al mismo tiempo la acumulación de estas en manos de terratenientes.⁹

8. JUÁREZ Y LA LUCHA ANTIFEUDAL INTERNACIONAL

El impacto del contenido político y de la actitud del proceder de Juárez y de los liberales mexicanos cercanos a él, no solamente ha sido muy importante para la realidad mexicana de aquel entonces, sino, se puede afirmar sin exageración alguna que en su momento, y hasta hoy, este impacto es de gran alcance internacional. El castigo que se le aplicó a Maximiliano de Habsburgo a pesar de haber sido miembro de la clase feudal europea, fue un símbolo de primer orden del fin de la impunidad de la cual gozaba esta clase por muchos siglos dentro y fuera de Europa. Llama la atención que llegaron a México cartas de todo el mundo para pedir clemencia para el usurpador Maximiliano. Incluso Victor Hugo se vio en la necesidad de dirigirse a Juárez para pedirle que no se le aplicara la ley al miembro de la familia real austriaca.

En el momento de la muerte cruel de miles de mexicanos, provocada por la invasión de las tropas francesas, a ninguno de los intelectuales o políticos europeos se le ocurrió pedir clemencia para los habitantes de México, amenazados por las tropas extranjeras, que no vinieron precisamente en una misión de paz. Tampoco nadie con reputación internacional, pidió que se le condonaran las deudas a México, las cuales sirvieron como pretexto para tal incursión militar. En cambio, en el momento que un solo individuo estaba en peligro de perder la vida, por la aplicación de las leyes correspondientes al obviamente ilegal derrocamiento del gobierno constitucional de México desde afuera y la usurpación del poder con el apoyo de fuerzas militares extranjeras, se da un grito internacional que recuerda el alto valor de la vida humana y el deber de defenderla en *cualquier circunstancia*.

7 Cfr. MACIEL, DR (1980). *Ignacio Ramírez. Idólogo del liberalismo social en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, p. 83, citado según: GOMEZCÉSAR, I (2006). *La Batalla de Juárez*. México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, p. 50. Si todos los liberales del mundo hubieran tenido esta grandeza intelectual y política, la historia posterior de la modernidad y su dialéctica hubiera sido, sin lugar a dudas diferente, quiere decir: menos destructiva. Los liberales europeos –y también una gran parte de los mexicanos no han sido capaz de llegarle a la estatura de Juárez, su fijación en el proceso de autoconservación, su eurocentrismo y su racismo se les ha impedido de *aprender* algo de Juárez y de su grupo.

8 Compárese: "Pero debe destacarse que atrás de las disposiciones está la comprensión de que la verdadera resolución de los problemas [de la venta de esclavos mayas de Yucatán Cuba, S.G.] dependería de dar respuesta a los problemas agrarios, limitando para ello incluso la aplicación de la Ley Lerdo. No otra cosa significa la orden de repartir gratuitamente tierras entre los indígenas y detener la 'denuncia' de lotes baldíos, recurso utilizado generalmente entre los propietarios privados." (GOMEZCÉSAR, I (2006). *Op. cit.*).

9 Este *detalle* histórico nos obliga a estar en total desacuerdo con algunas interpretaciones, formuladas repetidamente en el contexto del bicentenario del nacimiento de Juárez, en el sentido de que "Juárez [...] fue un liberal, y de derecha." (VILLALPANDO, JM (2006). *Benito Juárez. Una visión crítica en el bicentenario de su nacimiento*, México, Planta, 126 pp., p. 126. Subrayado de S.G.). Al no tener el éxito esperado, al quitar la imagen y el nombre de Juárez de ciertos lugares de México, optaron algunos en este aniversario por el endeble intento de 'apropiarlo' ideológicamente para el proyecto derechista de una política de 'solidaridad' con las clases dominantes, en vez de una verdadera solidaridad, que sólo puede ser con los oprimidos. La derecha política de la época de Juárez nunca hubiera declarado Juárez como 'de derecha', no solamente por sus posiciones de un liberalismo político radical, sino también porque su racismo no le permite nunca incluir en sus filas un político, por lo menos mientras esté vivo.

Este supuesto humanismo, que de repente despertó en la mente de muchos europeos, era más bien el espanto de la mediocridad dominante en aquel entonces en el *viejo* continente, ante el *atreimiento* de *algunos mexicanos* de juzgar un *noble europeo*, como si fuera equiparable a cualquier otro mortal. Se consideraba inconcebible, no solamente que el acto liberador que había constituido el enjuiciamiento de Luis XVI, aparentemente se repitiera ahora con otro de los nobles europeos más conocidos, peor aún, este acto incluso se iba a realizar fuera de Europa y justamente por aquellos seres humanos, que hasta este momento se consideraban apenas dignos de tener *plenos derechos*. Pero el asunto era todavía peor: cuando el mundo, o por lo menos Europa, se enteró que el juicio en contra de Maximiliano contaba con el apoyo legal de un presidente constitucional mexicano con claros rasgos *indígenas*, la indignación ya no podía ser contenida.

“¿Cómo un *indio* va a aplicar la ley a un Habsburgo?” Esta duda existencial, no la han superado la mayor parte de los europeos hasta el día de hoy (si están enterados del asunto). Una clara prueba de ello está presente en el museo que se encuentra en el palacio de Schönbrunn en Viena, en donde, acerca de la muerte de Maximiliano de Habsburgo, se afirma en grandes letras: “fue asesinado a balazos por rebeldes mexicanos”. Probablemente van a pasar algunos siglos más, hasta que a los museólogos austriacos a cargo, les llegue la noticia de que Maximiliano fue juzgado y posteriormente fusilado bajo las leyes vigentes y el auspicio del gobierno constitucional de una República. A un buen austriaco le parece, hasta hoy, difícil de asimilar que un país de *indios* y mestizos se haya constituido como república, más de medio siglo antes de lo que lo logró su propio país.

A pesar de esta cerrazón de *entenderlo* que pasó realmente en México en la época de Juárez, en Europa, de todos modos, sí se *percibió* claramente que algo muy importante había pasado en el cerro de las campanas el 19 de junio de 1867. Para ello hay muchos indicios, vamos a mencionar aquí sólo uno: justamente en estos días se iba a inaugurar una obra de la más avanzada ingeniería en esos tiempos: la moderna vía de tren que cruzaba los Alpes, de Innsbruck a Verona, de importancia estratégica para el imperio austro húngaro y también, la *prueba* de que este sistema *feudal* podía realizar este tipo de obras avanzadas y no estaba condenado a quedarse atrás en relación a las grandes obras de infraestructura que se estaban realizando en este tiempo en Estados Unidos. Además, la inauguración de esta obra iba a ser una fiesta muy importante con la presencia prevista de muchos representantes de la nobleza europea.¹⁰

El impacto del fusilamiento de Maximiliano en Querétaro fue tan fuerte, que la corona austriaca decidió cancelar todas las festividades en relación a la apertura de esta nueva e importante línea de tren. La obra entró en uso entonces sin ningún acto oficial, el cielo azul de la aristocracia europea se nubló de negras nubes que el viento había traído desde las liberales tierras de la *América mexicana* que nuevamente estaba bajo control republicano. La nobleza lloraba y los espíritus modernos del mundo entero sabían, gracias a la firmeza de Juárez, que la *grandeza* del imperio austro húngaro, y con ello el *esplendor* del feudalismo europeo, estaba ya en plena decadencia.

10 Véase: Gerhard DUTLINGER, G & DULTINGER, J (1989). *Die Brennerbahn. Gestern, heute, morgen*. Tomo I. Tirol. Durchhaus des europäischen Nord-Süd-Verkehrs, 2ª ed., Thaur, Austria, Wort und Welt Verlag, p. 15: “El 24 de agosto 1867 se entregó el tercer ferrocarril trasalpino de Austria [...] al transporte público a cencerros tapados. La puesta en marcha del tráfico se comunicó a la opinión pública vía un modesto anuncio periodístico. Era necesario abstenerse de una inauguración solemne porque la corte de la casa imperial estaba de luto por el fusilamiento del emperador Maximiliano de México, un hermano del emperador Francisco José. La *Südbahngesellschaft* [Compañía de Ferrocarriles del Sur] destinó un monto mayor a los pobres y desistió también de su parte de un acto festivo. Ningún cura dio su bendición a la obra y ningún orador habló de los méritos de aquellos hombres quienes, muchas veces arriesgando sus vidas y su salud, llevaron cabo una obra que aumentó nuevamente la fama de Austria en el terreno de las construcciones ferrocarrileras” (*Ibid.*).

9. LAS CONTRADICCIONES DEL LIBERALISMO Y DE LA MODERNIDAD

Sin lugar a dudas, la sociedad moderna, ilustrada, inspirada en los ideales liberales, ha aportado a la historia humana algo muy importante: la superación de una fase de la historia europea y de las colonias europeas en todo el mundo, que en muchos aspectos ha sido profundamente represiva, excluyente y explotadora. Sólo el liberalismo, la ilustración pudieron apagar las hogueras de la inquisición que habían ardido en todas las ciudades de predominancia católica por siglos. Sin embargo, la ilustración es *dialéctica*, como bien la analizaron Max Horkheimer y Theodor W. Adorno en su referida obra principal. Esta discusión, a pesar de su gran importancia para la historia *posterior* a Juárez y el liberalismo mexicano de su tiempo, no será desarrollada en estas tesis, únicamente por el enfoque temático específico de ellas y por razones de espacio y tiempo.¹¹ En este lugar y retomando una idea expuesta más arriba en la tesis 2: *El Liberalismo político y el anticolonialismo*, hay que subrayar, que la ilustración, el liberalismo político, el proyecto de la modernidad son tendencialmente *emancipadores*, mientras son parte de una lucha en contra de formas establecidas de represión, exclusión y explotación. Un ejemplo de ello es la lucha de Juárez y los liberales *radicales* mexicanos en contra del peonaje (basado en la herencia obligada de las deudas de los padres al momento de su muerte). Esta forma velada de esclavitud, que fue restituida por Maximiliano cuando usurpaba las funciones del gobierno de México, fue cancelada nuevamente –y hasta hoy de manera definitiva– por el gobierno constitucional de Benito Juárez, al momento de recuperar el poder sobre este país.

A pesar de que con este tipo de decisiones no se logra *escapar* de los problemas de la *dialéctica de la ilustración*, de todos modos, se aporta algo a la historia humana que sin lugar a dudas *valió la pena* hacer, aunque las nuevas formas de explotación y opresión resurjan al día siguiente. Pero, por lo menos, *algo* ha mejorado para las poblaciones oprimidas en este proceso contradictorio, y no todo ha sido un proceso claramente dirigido al aumento de los factores de infelicidad de *los de abajo*, como *sí* ha sucedido en otros momentos y procesos históricos. La siguiente frase puede parecer derrotista, pero no lo es: mientras el mundo no logre emanciparse verdaderamente de la opresión del ser humano por el ser humano, entonces es ya una gran ventaja, cuando los procesos políticos y sociales logran impedir que el mundo se vaya directo, sin contradicciones, sin vueltas, hacia el abismo de la autodestrucción. La lucha de los liberales *radicales*, por lo menos mantenía abiertas y vigentes las *contradicciones* de la sociedad moderna capitalista, en vez de permitir que sólo lo peor de ella se imponga. El camino, por ejemplo, que llevó a Europa –en su incapacidad para terminar el feudalismo *a tiempo*– directamente a la primera guerra mundial, con sus millones de muertos y heridos, este camino México no lo tomó, al impedir que el sistema feudal, al hundirse, se llevara consigo también la vida, la salud y la felicidad de una muy gran parte de la población. Y esto fue, sin lugar a dudas uno de los grandes méritos del *Benemérito de las Américas*.

Es justamente el drama del actual *liberalismo* que, por lo general, ya no se implica (y tal vez ya no se puede implicar) en las luchas de los oprimidos y explotados por su *liberación*. Por ello, en sentido estricto, el término *liberalismo* difícilmente es aplicable a tendencias políticas actuales.

11 Cfr. GANDLER, S (2009). *Cinco fragmentos de Frankfurt. Nuevas perspectivas de la Teoría crítica*, México, Siglo veintiuno editores, (e.p).

10. EL LEGADO JUARISTA Y LA TRADICIÓN LIBERAL EN EL MÉXICO DEL SIGLO XX

Hay momentos en la historia reciente, en los cuales el mundo, más allá de las dudas expuestas en la tesis anterior, hubiera necesitado que *alguien* defendiera los más elementales derechos liberales, mejor conocidos como *derechos humanos*. Ese momento histórico ha sido el del fascismo en Europa y del nacionalsocialismo en Alemania (y la Austria anexada). En este momento, los individuos perseguidos y amenazados de muerte –y también las naciones amenazadas de ser atacadas–, miraron hacia los países que por lo general se consideraban de tradición liberal: Estados Unidos, Francia, Inglaterra, etcétera. Pero estos países se quedaron callados por muchos años, ante la actitud agresiva y anexionista de la Alemania nacionalsocialista. Había un solo país en el mundo que protestaba en contra de la anexión (“Anschluß” de Austria por parte de Alemania en 1938) en al Liga de las Naciones: era México, en la voz de Isidro Fabela, representante del gobierno del Gral. Lázaro Cárdenas ante este máximo órgano internacional. Mientras todos los países del mundo callaron ante esta agresión, Fabela, en la mejor tradición juarista, defendió públicamente en este órgano, el derecho a la autodeterminación de los pueblos, que debía aplicarse aún en contra de la mayor potencia militar de Europa de este tiempo: Alemania. Este inolvidable acto, sólo era posible por la anterior historia mexicana, en la cual la reforma y el liberalismo radical de Juárez y su grupo, constituyen un punto de referencia central, junto con la revolución mexicana.

Considerando que el fascismo y el nacionalsocialismo constituyeron intentos de absoluta violencia por frenar, bloquear y aniquilar las libertades modernas del modelo liberal, la no reacción, o reacción muy tardía y bastante limitada de las llamadas *democracias tradicionales* demuestran, lamentablemente una vez más, que en ninguno de estos países los ideales liberales realmente están arraigados en las convicciones de la población y de sus representantes.

Es una prueba –muy amarga– más de la hipótesis inicial: el liberalismo es un proyecto que en Europa tenía (y tiene) mucho menos presencia de lo que sus habitantes están acostumbrados a creer. Es considerado un *adorno* atractivo para demostrar al resto del mundo su supuesta *superioridad*, pero cuando se trataba de oponerse al peor enemigo de todos los tiempos de los ideales y logros de este proyecto político, el único país que *plenamente* defendió las libertades modernas¹² (y pensamos, por supuesto también en el apoyo brindado sin miramientos a la España republicana) fue el México de Cárdenas y Fabela, en la tradición liberal mexicana, única a nivel mundial, personificada en y defendida hasta las últimas consecuencias por Don Benito Juárez.

Como austriaco anti feudal y como europeo antifascista rindo con estas líneas homenaje al liberalismo mexicano en sus mejores representantes y, ante todo, al *Benemérito de las Américas*, el gran mexicano, indígena y liberal, procedente de Oaxaca.

12 Los otros dos países que, con ciertas restricciones, pero en términos militares finalmente de manera decisiva se opusieron al fascismo y nacionalsocialismo fueron, por lo menos en su mayor parte territorial, no europeos: la Unión Soviética y los Estados Unidos.